

XXII.

Era el diez de Febrero, y las diez de una helada noche, cuando Catalina se hallaba sola en su humilde estancia del monasterio.

La reina estaba en extremo flaca y descolorida. Sus hermosos ojos negros se habian hundido.

No era extraña tan dolorosa mudanza, pues hacia dos meses que no probaba apénas ningun alimento, ni visitaba sus ojos el sueño reparador.

Si se dormia era para ver el tajo y el hacha fatal que amenazaba su cuello.

Habia dias en que sentia hácia su primer esposo un amargo rencor.

A no ser por su fatal aparicion en Hamptoncourt, á no ser por el funesto olvido de su gorra, Catalina no hubiera sido juzgada por el crimen de adulterio, puesto que en la época que pasó en casa de sus abuelos estaba libre de todo lazo conyugal.

En vano se habia buscado por todas partes al dueño de la gorra, cuya riqueza decia pertenecer á la clase más elevada.

Otras veces pensaba con tristeza en aquel esposo que la había amado con tanta ternura y abnegación, y se reconvenía llorando desconsoladamente por no haber oído al ángel de su guarda, cuando le decía que le librara de la muerte.

En otras ocasiones, llevada de la natural lijereza de su carácter, se reía á carcajadas para aturdirse á sí misma; se probaba sus más bellos trajes, se rizaba el cabello y se decía mirándose al espejo:

—¡No, no! ¡No puede el rey condenarme á morir!
¡Soy demasiado jóven y demasiado bella para eso!
¡Oh! ¡Si yo lograra verle!

Pero estas locas esperanzas duraban muy poco.

La más completa soledad la envolvía como un sudario.

No veía á nadie más que á lady Rochefort, y alguna vez á su limosnero, el doctor White, sacerdote ejemplar, que la consolaba con dulces y graves palabras.

En la noche de que vamos hablando, la reina se hallaba sentada al lado de una mesita con la mano apoyada en la mejilla.

Catalina era mucho más desgraciada en su prision que lo hubiera sido cualquiera otra mujer, porque no tenía en qué entretener las agitaciones de su espíritu; ninguna habilidad poseía; no sabía siquiera leer ni escribir, y sus horas se deslizaban entre la desesperación y el desaliento.

Llevaba un vestido negro, que era casi el único traje que usaba desde que la habían conducido al monasterio, excepto los días en que sus esperanzas, trastornando su razón, le hacían adoptar otros para ver hasta dónde podía contar con el prestigio de su hermosura.

La estancia estaba amueblada con sencillez y hasta con pobreza; los muebles, de madera de encina, eran muy antiguos y macizos; algunos cuadros, ennegrecidos por el tiempo, pendían de las paredes, y sobre la mesita, también negra, en que se apoyaba la reina, ardía débilmente una pequeña lámpara de bronce.

¡Qué contraste tan doloroso formaba aquella humilde celda, tan sombría y tan triste, con el suntuoso castillo á donde la había llevado el Gran Senescal, y en el cual, ó en otro semejante, podía haber imperado como soberana.

Así meditaba con una tristeza profunda, cuando entró lady Rochefort.

Venia pálida y consternada; dejóse caer sobre una silla y exclamó:

—¡Ah! ¡Qué horror, Dios del cielo!

—¿Qué pasa? preguntó Catalina, enjugando las lágrimas que bañaban sus mejillas, ¿qué teneis?

—¡Ah, señora!...

—Hablad, os lo ruego; dijo la reina acercándose con ansiedad á su compañera y tomándole una mano.

—Pues bien, señora; esta carta que acabo de recibir de lord Vilmont, os dirá lo que sucede mejor de lo que yo pudiera hacerlo.

La reina tomó la carta con un movimiento maquinal: luego la volvió á dejar con desaliento sobre la falda de lady Rochefort, y murmuró:

—¡Pero si no sé leer!

—Es verdad, señora, repuso lady Rochefort; y será preciso que yo me resigne á esta triste lectura.

Desdobló, dicho esto, la carta, y leyó lo que sigue:

«Madox y Durham han sido puestos dos dias hace en el tormento; engañados por una promesa del rey, en la que se les brindaba con el perdon si confesaban, han confesado, en efecto, sus relaciones con la reina ántes de su casamiento; en seguida han sido ahorcados y descuartizados; sus cabezas y sus cuerpos, suspendidos de los hierros de algunas lanzas, están expuestos en el puente de Lóndres, con este rótulo debajo:

«Para escarmiento de traidores (1).»

La ciudad entera está consternada; á muchas personas alcanzan las iras del rey: la Duquesa de Norfolk ha sido juzgada y sentenciada á muerte por el culpable descuido que tuvo con su nieta, cuando ésta vivía bajo su tutela inmediata; pero los ruegos de su

(1) Histórico.

hijo primogénito han alcanzado del rey que se conmute la última pena en prision perpétua, y confiscacion de sus cuantiosos bienes y ricos estados en favor de la Corona.»

Lady Rochefort volvió á guardar la carta; pero Catalina permaneció inmóvil y yerta de terror.

Su compañera esperó durante algun tiempo á que volviese en sí; pero viendo que permanecía como anonadada, le dijo á media voz:

—Señora, ahí están esos hombres.

—¡Ya! exclamó Catalina estremeciéndose; luego añadió con trémulo acento:

—Yo tiemblo sólo al pensar en que voy á verles: ¿no seria mil veces mejor que vos os entendiéseis con ellos?

—Haré lo que sea del agrado de V. M.

—Pues bien, me voy al oratorio; ahí teneis todas mis joyas; ya sabeis donde... obrad como os parezca... mi suerte está en vuestras manos... Disponed de mi vida; pero ¡ah! para conservarla, no escaseeis medio alguno.

Catalina salió con paso vacilante.

Lady Rochefort, así que hubo desaparecido, se acercó á la puerta é hizo una señal con la mano, que tenia tanto de medrosa como de imperativa.

Despues entraron dos hombres de aspecto sórdido y horrible.

El uno era alto y huesudo; su gran barba, negra

y espesa, sus ojos hundidos y su frente deprimida, le daban una apariencia fúnebra, aumentada aún por su expresión sombría.

El otro era de ménos estatura y de mucha más corpulencia; su rostro tenia cierta expresión estúpida, brutal y feroz; sobre su frente caía un bosque de cabellos rojos, y sus ojos tenían una perversa mirada.

La hermosa, la brillante lady Rochefort tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para hablar á aquellos dos monstruos; por fin se dominó todo lo posible, y les dijo con voz algo trémula:

—Señores, ¿sois los ejecutores de la justicia del reino?

—Sí, señora, respondió el más grueso; verdugos para servir á S. M.

—Pues bien, escuchadme; ya sabeis que la reina está presa en este monasterio, y acusada de modo que es posible que recaiga sobre su augusta cabeza una sentencia de muerte.

—Lo sabemos, repuso sombríamente el más flaco; y aún sabemos algo más que eso.

—¿Sabeis más? exclamó lady Rochefort con espanto.

—Bastante más, señora; como que venimos de Lóndres.

—¿Y qué pasa allí?

—Ha recaído ya sentencia de muerte contra su majestad la reina.

—Lady Rochefort dejó escapar un grito de terror.

—¿No me engaiais? exclamó: ¿es eso verdad?

—Es tan verdad, señora, añadió el otro verdugo, que de un instante á otro deben venir á buscarla para conducirla á la torre.

—Pues bien, repuso lady Rochefort, si es cierto, existe otra razón más para que nos apresuremos; señores, ¿quereis ser ricos para toda vuestra vida? Os ofrezco esto, porque puedo cumplirlo; sólo se trata de que huyais de Lóndres, bastante lejos á fin de que no os hagan venir para decapitar á la reina.

Los dos verdugos se miraron con aire estúpido; pero lady Rochefort, para hacerse comprender mejor, entró en un aposento inmediato y sacó un cofrecillo, aunque pequeño, de tanto peso, que apenas podia sostenerlo su delicada mano.

Lo puso sobre la mesa y lo abrió, mostrando á los ojos de los lúgubres personajes un tesoro en joyas.

—Esto vale muchos millones, dijo: ¡todo es vuestro! ¡partidlo y huid! No habiendo ejecutor de la justicia real, podrá, al ménos, dilatarse la sentencia.

—¡Eso es! ¡Y si nos cojen nos desollarán vivos! dijo el obeso de los caballos rojos. ¿Pensais, señora, que la vida no vale más que todas esas baratijas? Buena prueba es que las dá la reina para salvar la suya, y á cada uno le es muy estimable la que tiene.

—¡Pero vosotros, lejos de perder, huyendo, la vuestra, la haceis rica y feliz! ¡Salís de ese maldito ofi-

cio y salvais de la muerte á una desgraciada jóven que ningun daño os ha hecho! ¡Vamos, tomad eso y huid!

—¿Qué hacemos? dijo el flaco mirando á su compañero.

—¡William..... la verdad..... tengo seis hijos, mi mujer, la madre de mi mujer..... y soy muy pobre..... casi estoy por aceptar!.....

—Aceptemos, pues, repuso William, siempre es bueno salir de la vida aborrecible que llevamos. Adios, señora, dijo despues dirigiéndose á lady Rochefort y tomando el cofrecillo.

—¡El cielo os guie! murmuró ésta; ¡pero idos lejos, muy lejos donde no os puedan hallar.....!

—Asegurad á la reina que, si ha de acabar á nuestras manos, morirá de vejez, dijo William saliendo con su compañero.

Lady Rochefort corrió en busca de Catalina que rezaba en el oratorio.

—¿Qué hay? preguntó ésta con ansiedad.

—¡Estais salvada, señora! exclamó lady Rochefort.

—¿Han aceptado?

—¡Han aceptado y han huido!

Catalina se dejó caer en los brazos de lady Rochefort; lloraba, pero ya no era de espanto, sino de alegría.

Un ruido sordo y lúgubre le hizo prestar atento oido.

Venia de la parte exterior; el monasterio daba al rio y por aquel lado tenia una puerta llamada *del agua*.

Lady Rochefort se asomó á la ventana.

La noche estaba oscura y helada.

A través de la neblina vió adelantarse una barca que atracó delante de la *puerta del agua* del monasterio.

Cuatro hombres, de aspecto duro y militar continente, subieron é intimaron á las dos prisioneras la órden de bajar y ocupar la barca en nombre del rey.

Estas obedecieron sin oponer resistencia y la barca emprendió su lento camino, porque el Támesis estaba casi helado.

La reina, á pesar de la seguridad que le daba la huida de los verdugos, echó á llorar desconsoladamente.

Luego probó á dirigir algunas preguntas á los soldados que la custodiaban, pero en vano, porque á ninguna recibió respuesta.

Serian poco más de las doce de la noche, cuando la barca llegó á la torre y se detuvo delante de la *puerta de los traidores*, llamada así porque sólo se abria para dar paso á los reos de Estado.

Catalina alzó entónces la cabeza que habia tenido caida sobre el pecho, y se aperció de la suerte que le esperaba.

Lo mismo sucedió á lady Rochefort, que se puso á temblar convulsivamente y se aproximó á la reina.

—¡Ah! exclamó ésta: ¡querida amiga! ¡Qué bien hemos hecho en apresurarnos! ¡Ya veis por dónde me hace pasar la justicia del rey!

Volvióse, dicho esto, por un movimiento maquinal, hácia el puente de Lóndres; pero bien pronto se escapó de sus lábios un grito de terror.

Al resplandor de la luna y suspendidos de lanzas, habia distinguido algunos bultos negros.

Eran las cabezas de los desdichados Madox y Durham, segun decia en su carta lord Vilmont, á lady Rochefort.

La barca siguió avanzando hasta unas gradas cubiertas de verdin, producido por la humedad del agua que subia hasta ellas.

Uno de los soldados de la escolta dió un silbido y se abrió á los pocos instantes una poterna, apareciendo el gobernador que salia á recibir á la prisionera.

Detrás de él se veian muchos soldados con hachas encendidas, cuyos rayos se quebraban en sus capacetes de acero con tétrico resplandor.

Un silencio de muerte acogió la llegada de Catalina.

Los de la barca hicieron la entrega; el gobernador presentó la mano á la reina y la ayudó á subir las últimas escaleras, lo que era indispensable á la

pobre jóven porque el terror la tenia casi inmóvil y como paralizada.

Catalina fué conducida á su calabozo.

Era una pieza pequeña y helada en la que habia una cama y una lámpara de hierro.

Esperábala en él el doctor Wihite, su limosnero. Catalina se dejó caer desfallecida en una silla y el gobernador se retiró, dejando á la puerta una numerosa guardia.

—¡Cómo! ¿Os llevais á lady Rochefort? exclamó Catalina al ver que el gobernador suplicaba á la dama que le siguiese.

—Sí, señora, respondió aquel friamente.

—¡Dios mio! ¿pero por qué? preguntó Catalina.

—Son las órdenes del rey, señora. Milad y va á ser encerrada en otro calabozo.

—¡Presa yo! gritó la dama de honor.

—Y condenada á muerte, señora; respondió aquel militar rudo y severo.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué es lo que yo he hecho? ¿Qué crimen he cometido?

—No lo sé: es la voluntad del rey, quien para recompensar, segun mereceis, vuestra lealtad y adhesion á vuestra real señora, os concede la gracia de morir despues de ella, y en el mismo cadalso.

Lady Rochefort dejó escapar un grito y cayó desmayada.

A los pocos instantes, y ántes de recobrar sus

sentidos, fué conducida á otro calabozo más fétido y sombrío que el de la reina.

—¡Ah, señor! exclamó Catalina dirigiéndose al doctor White, decidme la verdad, os lo ruego, acerca de una cosa que os voy á preguntar.

—Os la diré, señora.

—¿Quién es la última víctima de las iras del rey que ha ocupado este calabozo?

—La condesa de Salisbury.

—¡Ah, sí! aquella pobre y noble anciana á quien envié yo mis propios abrigos forrados de pieles, porque me dijo la princesa María que tenia ochenta años y se moría de frio!

—Dios os tomará en cuenta, no sólo aquella buena obra, sino todas las demás que habeis hecho.

—¡Ah, señor! ¿Y por qué será que no me las ha tomado ya para impedir que se me acuse? ¿Quién sabe si estaré ya sentenciada á muerte?

—Valor, señora, dijo el limosnero.

—¡Ah! ¿Con que ya lo estoy? ¡Sí, sí! ¡Vuestro silencio y vuestra palidez me lo aseguran! ¡Ay, Dios mio! ¡Morir á mi edad! ¡Morir tan jóven! ¡Porque, al fin, la Condesa era una anciana que ya terminaba la carrera de su vida...! ¡Pero yo, yo! ¡Y me llevarán al cadalso con todo mi conocimiento, y si me resisto, me llevarán arrastrando como á aquella pobre anciana...! ¡Dios mio, Dios mio...! ¿No hallaré yo misericordia?

La reina cayó en un espasmo nervioso: el limosnero tuvo que llamar en su ayuda para conducirla al lecho: pero hasta cerca de la aurora no fué posible hacerle recobrar el conocimiento, que le habia arrebatado su extremado terror.

La pobre jóven tenia un gran apego á la vida, porque habia aún padecido muy poco.